

La Última Casa en C... Street

(The Last House in C---- Street - 1856)

Dinah Mulock

Mrs Craik

No soy un creyente en fantasmas; no los veo bien. Ellos vienen, así es, según se los reporta venir, tan irrelevante, inútil y ridículamente, sin ningún propósito, que tanto el sentido común referente este mundo como al otro, se ven igualmente alterados. Entonces, nueve historias de fantasmas son fácilmente narradas. Y en la décima, cuando todas las explicaciones naturales fallan, uno descubre las extraordinarias dificultades que hay en toda sociedad para aferrarse a ese resbaladizo artículo llamado "realidad", y se ve fuertemente inclinado a sacudir dubitativamente la cabeza, exclamando "¡Evidencia! ¡Una cuestión de evidencia!"

Pero mi escepticismo trepó del más tenaz y desafiante al terreno de la posibilidad, aunque siguiendo dentro de la gran improbabilidad, de tal extraña impresión o comunicación con un espíritu materializado, vulgarmente llamado "fantasma". No hay credulidad más ciega, ninguna ignorancia infantil, que aquella videncia de quien trata de mensurar "cielo y tierra y las cosas bajo la tierra", con la pequeña regla de su propia mente. ¿Podemos suponer que cualquier misterio concerniente al universo que "es inexplicable, es también imposible"?

Sentando como premisas estas opiniones, que no intentan ser más que eso, opiniones, estoy por relatar lo que confieso es para mí una historia de fantasmas perfecta; sus evidencias y circunstancias son indisputables, mientras sus causas psicológicas y resultados, a pesar que no son de fácil explicación, son aún más difíciles de explicar racionalmente. El fantasma, como Hamlet, era un "fantasma honesto". De su hija, una dama anciana, quien, ¡Dios bendiga su buena y gentil memoria! tenía una gran sabiduría, fue de quien escuché este relato auténtico.

"Mi querida," me dijo Mrs. MacArthur. Eran los días de las mesas parlantes, cuando los jóvenes ridiculizaban y los viejos se estremecían con la idea de llamar a los seres queridos muertos a través de una mesa, y se veían las maravillas del mundo angelical a través de las contorsiones de un sombrero o

las vueltas en espiral de un plato; "Mi querida," continuó la anciana, "no me gusta jugar con los fantasmas."

"¿Por qué no? ¿Usted cree en ellos?"

"Un poquito."

"¿Alguna vez vio uno?"

"Nunca. Pero una vez lo escuché..."

Ella me miró muy seriamente, como si no le gustara mucho hablar acerca de ello, tanto por un sentido de miedo por temor al ridículo. Pero nadie podía reírse de las ilusiones de tal gentil dama, quien nunca había pronunciado improperios o palabra de burla contra ningún alma viviente; y este evidente sobrecogimiento fue más que remarcable en una persona que poseía gran respeto y mucho sentido común.

Yo estaba con curiosidad para escuchar el relato de la Sra. MacArthur.

"Mi querida, fue hace mucho tiempo, tanto que tu puedes pensar que olvidé y confundí las circunstancias. Pero no es así. Algunas veces pienso que uno recuerda cosas que le ocurrieron en su juventud (Yo tenía por entonces dieciocho años) más claramente que aquellas que pasaron ayer. Pero también tengo otras razones para recordar vívidamente todo aquello, y es que yo estaba, por aquel tiempo, muy enamorada."

Ella me miró con una suave sonrisa, como esperando que mi juventud pudiera llegar a considerar como ridícula o imposible tal cosa. No; yo estaba completamente interesada en el asunto.

"Enamorada del Sr. MacArthur," dije, pero con la inseguridad de que sonara como pregunta, creyendo que en tales tiempos era verdad indudable, que cada uno se casaba con su primer amor.

"No, querida, no fue con el Sr. MacArthur."

Eso bastó para intrigarme, y quedar como una tonta. Yo había tramado una suerte de ideal sobre mi vieja amiga. Mi sorpresa no disminuyó cuando, acto seguido, ella agregó, con una pequeña sonrisa:

"Él era un joven caballero de buena familia; y él era muy amable conmigo. Aunque tu no puedas creerlo, querida, en aquella época yo era muy bonita."

No tenía muchas dudas de eso. Su grácil forma, las manos y pies delgados. Si usted se hubiera acercado a Mrs. MacArthur quizás la hubiera tomado por una persona más joven. Ciertamente la gente vivía más sencilla y despaciosamente en la última generación que en la nuestra.

"Sí, yo era bella. Mr. Everest se enamoró de mí. Y yo lo correspondía; yo había terminado de leer Cecilia, de Miss Fanny Burney, y pensaba exactamente igual que Mortimer Delvil. Una muy linda historia, Cecilia; ¿tú la leíste alguna vez?"

"No," y, para arribar a su historia, concluí en lo único que podía conciliar los dos hechos de haber tenido un amante llamado Everest y ahora ser Mrs. MacArthur. "¿Era este el fantasma que vio?"

"No, querida, no; gracias a Dios, él aún vive. Me llama de vez en cuando; ha sido un gran amigo de nuestra familia. ¡Ah!" dijo, con un lento sacudón de su cabeza, "tu no me vas a creer, querida, que tipo amable que era en aquel tiempo."

Una podía llegar a sonreír ante tal frase, más relativas a las novelas del siglo pasado y a nuestras tatarabuelas. Escuché pacientemente todas las reminiscencias que precedían al relato de fantasmas.

"Pero, Mrs. MacArthur, ¿en dónde fue que usted vio o escuchó lo que me va a contar? ¿El fantasma, recuerda?"

"No lo llares así; suena como si te estuvieras riendo de mí. Y no debes hacerlo, porque esto es la pura verdad; fue tan real como que ahora estoy sentada aquí, una anciana de setenta y cinco años; y por entonces yo era una joven de dieciocho. Habíamos estado viviendo en Londres, mi padre y mi madre, Mr. Everest, y yo. Él les había convencido para llevarme consigo, quería mostrarme un poco del mundo, aunque fuera una pequeña parte. Él estudiaba leyes, vivía con lo justo y trabajaba muy duro. Él tomó alojamiento cerca del Iglesia, en la calle C..., en la última casa de tal calle, una que miraba al río. Le tenía mucha afición al río; y cuando tenía tanto trabajo que no se podía permitir irse a Ranelagh de paseo, acostumbraba dar una vuelta con mis padres y conmigo, ida y vuelta a los Jardines de la Iglesia. ¿Fuiste alguna vez allí? Es un hermoso lugar... muy tranquilo, un recodo de quietud en el medio del ruido y el bullicio; las estrellas se ven maravillosas desde aquellos enormes árboles; pero hoy en día no se las ve como yo las vi, cuando era joven."

¡Ah! No; imposible.

"Fue en los Jardines, querida, que recuerdo tomamos nuestro último paseo... mi madre, Mr. Everest y yo. Ella se marcharía luego a nuestra casa, en Bath. Estaba muy ansiosa e inquieta por irse, ya que era muy delicada y frágil para los alborozos londinenses. Sin embargo tenía una gran familia, de la que yo fui la mayor; y por esa época esperábamos un nuevo integrante para el primero o segundo mes siguiente. No obstante, mi querida madre se había venido conmigo, para ver todos los espectáculos y lugares que yo, una saludable y feliz chica, deseaba tener, y los disfrutaba tanto como yo misma.

"Pero esa noche ella estaba muy pálida, y muy seria, y se empeñaba en regresar a casa."

"Intentamos todo para persuadirla de lo contrario, ya que a la siguiente noche coronaríamos nuestra estadía en Londres con la culminación de nuestros placeres: ¡iríamos a ver el Hamlet en Drury Lane, con John Kemble y Sarah Siddons! Pensando en eso, querida, ¡Ah! hoy en día no se ven esas cosas. Hasta mi padre, tan serio, quería ir, e instaba de manera sutil que pudiéramos aplazar nuestra partida. Pero mi madre estaba muy determinada."

"Al final Mr. Everest dijo: 'Madame, esta es la primera vez que pienso solo en usted.'"

"¿En mí, Edmond?"

"Perdón, pero no le sería posible volver a su hogar, dejando atrás, solo por dos días, a Mr. Thwaite y Mistress Dorothy?"

"Dejándolos atrás... ¡Dejándolos atrás!' exclamó, y luego me preguntó: '¿Qué dices Dorothy?'"

"Yo me quedé callada. En verdad, nunca me había alejado de ellos en toda mi vida. Nunca se me había cruzado por la mente dejarla, o disfrutar nada sin ella. Pero miré a Mr. Everest y me detuve."

"Por favor, dime."

"No, no podía. Se veía tan herido, tan contrariado; y juntos la pasábamos muy bien. Además, no nos veríamos en años, ya que el viaje de Londres a Bath era algo serio, hasta para los amantes; y él trabajaba muy duro... se daba pocos gustos en la vida. Ciertamente hubiera parecido egoísmo de parte de mi madre. A pesar que mis labios no dijeron nada, quizás mis ojos tristes hablaron por sí, y mi madre lo sintió."

"Ella caminó con nosotros unas yardas, lenta y pensativamente. La puedo ver ahora, con su rostro pálido, y cansado, bajo las cintillas rojas de su capucha. Ella había sido una mujer muy atractiva de joven, y aún se veía adorable... ¡mi querida y buena madre!"

"Dorothy, no vamos a hablarlo más. Estoy muy apenado, pero debo volver a casa. Sin embargo, trataré de convencer a tu padre de quedarme con ustedes durante el fin de semana. ¿Estás satisfecha?"

"No,' fue el primer impulso que me dictó mi corazón; pero Mr. Everest me tomó del brazo con tal vehemencia, que casi contra mi voluntad respondí 'Sí.'"

"Mr. Everest apabulló a mi madre con su encanto y gratitud. Ella caminó por un largo tiempo, reclinada sobre su brazo (ella le tenía mucho cariño)."

"Supongo que este es mi último paseo en Londres. Gracias por todos los cuidados dispensados. Y cuando me vaya a casa, Edmond, por favor, cuida mucho a Dorothy."

"Estas palabras, y el tono en que fueron dichas, se fijaron en mi mente. Primero, por gratitud, no mezclada con remordimiento, como si yo no hubiera sido tan considerada hacia ella como ella hacia mí; y después (pero querida, que error cometemos en darle tan poca importancia a esta palabra. Nosotros, criaturas finitas, vivimos presos del 'ahora', y nos olvidamos del 'después'), por que dejé de culparme a mí y a los demás. Cada cosa que pasó, si pasó así, pasó, y no pudo ser de otra manera.

"Mi madre marchó a casa a la mañana siguiente, sola. Nosotros la seguiríamos en un par de días, aunque ella no quiso que le aseguremos alguna fecha fija. Su partida fue tan apresurada que no recuerdo nada, salvo su respuesta al urgente deseo de mi padre, casi orden, de que si hubiera algo mal que inmediatamente le avisara."

"Bajo todas las circunstancias, mujer," reiteró, "¿lo prometes?"

"Lo prometo."

"Sin embargo cuando ella partió, él dijo que ella no lo tendría que haber dicho con tanta seguridad, ya que podíamos haber llegado a casa casi tan pronto como el lento coche podía llevar a mi madre a Bath y traernos una carta. Pero más allá de esto, no había nada que pudiera ocurrir. Así que, no acostumbrado a su ausencia durante su vida matrimonial, se quedó un poco nervioso. Era, como muchos hombres, muy afecto a echarle la culpa a todos menos a sí mismo; y durante todo ese día, y el siguiente, estuvo un como enfadado a intervalos conmigo y con Edmond; pero lo soportábamos con paciencia."

"Estaremos bien cuando le llevemos al teatro. No tiene motivos para ponerse nervioso por ella. ¡Qué mujer más amable y entrañable tu madre, Dorothy!"

"Me regocijé de escuchar a Edmond hablar de esa manera, y pensé que había pocas damiselas tan afortunadas como yo."

"Fuimos a la obra. Ah, claro, tu no sabes nada de que era una obra, hoy en día. Nunca viste a John Kemble y Mrs. Siddons. A pesar que eran muy inferiores al Hamlet que me llevaste a ver la semana pasada, querida, y que recuerdo estar casi al punto de soltar una carcajada en la más solemne escena, ya que el que hacía del Fantasma estaba claramente borracho."

Estaba claro que el fantasma de Mrs. MacArthur aún tardaría en venir.

"No, querida, no; haz cualquier cosa menos reírte."

Ella estaba visiblemente afectada, y no fue sin un pequeño esfuerzo con que continuó su relato.

"Deseaba comprender exactamente mi situación esa noche. Una joven, con la mente llena del embeleso del teatro, su corazón con algo no menos fascinante. Mr. Everest había cenado con nosotras, dejándonos con el mejor de los ánimos; sin embargo mi padre se había ido a la cama, riendo de oreja a oreja con el

recuerdo de las bromas de Mr. Grimaldi, que se había destacado por encima de la reina y de Hamlet."

"Estaba sentada en la ventana, charlando con Patty, la criada, que me estaba cepillando el pelo. La ventana estaba media abierta, y daba al Támesis; y era una noche de verano, cálida y diáfana. No había nada que no me hiciera sobrecoger esa noche; cada sonido era magnificado y cada sombra parecía viva."

"Y, como venía diciendo, estábamos charlando y riendo; ambas, Patty y yo, éramos muy jóvenes, y ella también tenía un pretendiente. Ella, como cualquiera de las criadas de la casa, admiraba a Mr. Everest. Yo había estado regañándola pero en broma, cuando el gran reloj de la Catedral de San Pablo comenzó a retumbar sobre el silencioso río."

"'Las once,' contó Patty. 'Terriblemente tarde, Mistress Dorothy. Igual que en Bath.'"

"'Mi madre se habrá acostado hace una hora,' dije, con una suerte de auto-reproche por no haber pensado en ella hasta aquel momento.'"

"Al siguiente minuto, la criada y yo misma nos sorprendimos con una exclamación simultánea."

"'¿Escuchaste eso?'"

"'Sí, fue como un murciélago volando contra la ventana.'"

"'Pero las celosías están abiertas, Mistress Dorothy.'"

"Así era; y no había aves o murciélagos cerca, solo la calma noche estival, el río y las estrellas."

"'Estoy segura de haberlo escuchado. Y creo que fue como, algo como, alguien golpeando.'"

"'¡Nada de eso, Patty! Pero aquello se me ocurrió, a pesar que había dicho que era un murciélago. Fue exactamente un sonido de dedos contra el panel de vidrio, muy suaves y delicados, tal como el que mi madre solía dar a la ventana cuando llegaba del parque.'"

"'Me imagino, que mi padre lo habrá escuchado. Esta ave, Patty, pudo haber volado por su ventana, ¿no?'"

"'¡Oh, Mistress Dorothy! Patty no era fácilmente engañada. Le di el cepillo para que terminara con mi cabello, pero su mano estaba temblando. Cerré la ventana, y ambas nos sentamos mirándonos una a la otra.'"

"En ese minuto, clara e inconfundiblemente, pude distinguir una vez más el mismo golpeteo sobre la ventana. Pero no vimos nada; ni siquiera una simple sombra entre nosotras y el aire, y el cielo astrífero. Estábamos estupefactas y

amedrentadas, pero no asustadas. El sonido hasta me dio una inexplicable felicidad. Pero poco tiempo tuve para reconocer mis sentimientos, menos para analizarlos, cuando un fuerte grito provino desde el dormitorio de mi padre."

"¡Dolly, Dolly!"

"Yo tenía el mismo nombre que mi madre, pero él siempre me había llamado por mi nombre completo, invariablemente Dorothy. Sin embargo, no me quedé a pensarlo, sino que corrí hasta su puerta y respondí."

"Pasó algún tiempo hasta que él se dio cuenta, a pesar que yo lo escuchaba hablando a sí mismo, y gritando. Solía tener pesadillas, especialmente cuando tenía ataques de gota. Así que mi primera alarma se alivió un poco. Me quedé escuchando y golpeando a intervalos, hasta que por fin contestó."

"¿Qué necesitas, hija?"

"¿Está todo bien, padre?"

"Así es, vuelve a la cama, Dorothy."

"¿Tú me llamaste? ¿Necesitas algo?"

"No. Oh, Dolly, mi pobre Dolly,' parecía estar sollozando, '¿Por qué me tuviste que abandonar?"

"Padre, ¿estás seguro que no estás enfermo? ¿No es acaso un ataque de gota?' pregunté, ya que durante estos ataques era cuando él más necesitaba de ella, ya que era la única que podía manejarlo bien."

"Vete. Vete a la cama, hija; no necesito nada."

"Pensé que él estaría enojado conmigo por haber sido la causa, de alguna manera, de nuestra demora. Patty y yo nos sentamos todavía un rato más, discutiendo sobre la conducta de mi padre con respecto a la gota y al alojamiento londinense en el que estábamos, con nosotras como únicas enfermeras y mi madre fuera. Nuestra alarma fue tan grande que casi habíamos olvidado la primera circunstancia que nos atrajo la atención, hasta que Patty habló, desde su cama."

"Espero que el señor se recupere de su dolencia, y con respecto a lo que nos avisó... ¿usted piensa que fue un ave, Mistress Dorothy?"

"Muy probablemente. Ahora, Patty, vamos a dormir."

"Pero yo no pude conciliar el sueño, ya que durante toda la noche escuché a mi padre gritar a intervalos. Tenía que ser la gota, y desee desde el fondo de mi corazón que nos hubiéramos ido a casa con mi madre."

"Cuál fue mi sorpresa cuando, temprano por la mañana, lo escuché levantarse y bajar, ¡tal y como si ya no tuviera ningún achaque! Lo encontré sentado en la

mesa del desayuno, con su capa; tenía un aspecto demacrado y desdichado, pero ansioso de partir."

"Padre, ¿tú no te irás a Bath?"

"Sí, lo haré."

"No hasta que llegue el coche nocturno,' grité, alarmada. 'No podemos, ¿recuerdas?"

"Voy a tomar un carro, entonces. Saldremos en una hora."

"¡Una hora! El cruel dolor de la partida me atravesó (querida, tienes que creerme, cuando era joven sentía las cosas con mucho más entusiasmo). Una hora, y tendría que decirle adiós a Edmond, una de esas despedidas tras las cuales parece que se nos va parte de la vida, olvidando que la única y real despedida es cuando ya no queda amor para dejar.

"Cada minuto me pareció un día entero, hasta que llegó, como era usual, para el desayuno. Mis ojos enrojecidos y las maletas hechas de mi padre lo explicaban todo."

"Doctor Thwaite, ustedes no se están yendo, ¿verdad?"

"Sí, así es,' repitió mi padre. Se sentó seriamente en la mesa, no había probado su desayuno."

"¿No era su partida con el coche nocturno? Iba a llevarlo a usted y a Mistress Dorothy a ver a Mr. Benjamin West, el pintor del Rey."

"Dejemos solos a reyes y pintores, muchacho; tengo que ir a casa, a ver a mi Dolly."

"Mr. Everest utilizó muchos argumentos, alegres y serios, los que acompañé con fervorosa convicción y esperanza. Tenía una gran influencia sobre mi padre ya que era más brillante que él."

"Dorothy,' me susurró, 'ayúdame a persuadir al Doctor. Es muy poco tiempo, solo un par de horas; luego será mucho tiempo hasta que nos volvamos a ver.' ¡Ay! Mucho más del que pensábamos."

"Chicos,' gritó mi padre al final, 'son un par de bobos. Estén casados durante más de veinte años. Tengo que ir a ver a mi Dolly. Se que hay algo que anda mal."

"Me tendría que haber sentido alarmada, pero vi al Sr. Everest sonreír; y yo también me puse un poco ruborizada, luego de que mi padre nos dijera eso de 'casados por veinte años'."

"Padre, tu de seguro no tienes razones para pensar tal cosa, ¿verdad? Si tienes alguna, dila."

"Mi padre solo atinó a bajar su cabeza, y mirarme con angustia."

"Dorothy, anoche, tan seguro como te estoy viendo a ti, yo vi a tu madre."

"¿Fue eso?' gritó Mr. Everest, riendo; "por Dios, señor, por supuesto usted estaba soñando."

"No me había ido a dormir aún."

"¿Cómo la vio?"

"Viniendo a mi cuarto tal y como ella acostumbraba entrar, en nuestro hogar, con la vela en su mano y el bebé dormido en su brazo."

"¿Usted le habló?' preguntó Mr. Everest, con otra sonrisa satírica; 'recuerde, usted vio Hamlet la noche anterior. Pudo haber sido un mal sueño. No creo en fantasmas; serían un insulto al sentido común, a la cordura humana, hasta a la Divinidad misma."

"Edmond habló tan seria y cálidamente, que a la fuerza lo apoyé; y hasta mi padre se comenzó a sentir un poco avergonzado de sus propios temores. Él, un médico, la cabeza de una familia, ¡sucumbiendo a una mera superstición, que surgió quizás de una cena pesada y una mente sobreexcitada! Le dije que yo atribuía este incidente a la misma causa que Mr. Everest.

"Querida, era un pájaro; nada más que un pájaro. Uno que voló por mi ventana anoche; se lastimó, y lo curé y cuidé. Era un bello animalito, y me hizo acordar a Dorothy."

"¿Cómo?', dije."

"Al final se puso bien y salió volando."

"¡Ah! Eso no fue como Dorothy."

"De esta manera, mi padre se persuadió. Decidimos quedarnos hasta la noche. Edmond y yo, con Patty, fuimos juntos a la Galería de Mr. West, y paseamos por la quietud de nuestros jardines favoritos. Y si por aquellas cuatro horas robadas, y por la dulzura que hubo, luego sufría inconfeso remordimiento y amargura, tenía que disculparme a mí misma, ya que sabía que mi querida madre me hubiera perdonado."

Mrs. MacArthur se detuvo, secó sus ojos, y luego continuó.

"Bueno, querida, ¿dónde quedamos?"

"En los Jardines."

"Sí, sí, bien. Regresamos a casa a cenar. Mi padre siempre disfrutaba su cena, y su posterior siesta; a la noche casi se había recobrado. Solo se le veía un poco cansado, por falta de sueño. Edmond y yo nos sentamos en la ventana, mirando

las barcas y los esquifes que surcaban el Támesis; no había vapores por entonces, sabrás."

"Alguien golpeó en nuestra puerta con un mensaje para mi padre, pero él dormía tan pesadamente, que no lo escuchó. Mr. Everest fue a ver que era; me quedé parada en la ventana. Recuerdo haber mirado mecánicamente la vela roja de una nave que venía de Margate, y pensado que oscura estaba la habitación."

"Cuando Edmond regresó, luego de una larga ausencia, no volvió a mirarme, sino que fue derecho a mi padre."

"Señor, ya es casi la hora de partir' (¡Oh! Edmond). 'Está el coche en la puerta, y, perdóneme, pero creo que debería salir rápido.'"

"Mi padre brincó al momento."

"Querido señor, no hay urgencia ahora; pero he recibido noticias. Usted ha tenido otra hijita, señor, y..."

"¡Dolly, mi Dolly!" Sin otra palabra más, mi padre salió apresurado sin llegar a ponerse el sombrero, brincando en el vehículo que estaba fuera esperando."

"¡Edmond!" gemí."

"¡Mi pobre chiquilla, mi Dorothy!"

"Por la ternura de su abrazo, no el de un enamorado sino el de un hermano, por sus lágrimas, que pude sentir sobre mi cuello, supe como si me lo hubiera contado, que no volvería a ver a mi querida madre de nuevo."

Luego de una larga pausa, la anciana dama continuó su relato.

"Había fallecido durante el parto, murió a la noche, a la misma hora y minuto que escuchamos el golpeteo en la ventana, y mi padre había tenido esa visión de verla entrando con un bebé en el brazo."

"¿El bebé también estaba muerto?"

"Eso pensaron los médicos, pero luego de un rato, revivió."

"¡Qué historia extraña!"

"No te pido que la creas. Cómo y porqué pasó, no puedo decirlo; solo se que ciertamente pasó así."

Luego de un momento de silencio, pregunté:

"¿Y Mr. Everest?"

Y la anciana sacudió su cabeza. "Ah, querida, pronto sabrás que muy, muy raramente, uno se casa con su primer amor. Luego de ese día no vi a Mr. Everest por veinte años."

"Qué mal... qué..."

"No lo culpes; no fue su culpa. Tu verás, después de esto mi padre tuvo prejuicios para con él... normales, por supuesto; y ella ya no estaba para hacer las cosas menos tensas. Además, yo misma tenía mucho cargo de conciencia, había seis chicos en el hogar, y la bebé ya no tenía madre. Lo habría amado de la misma manera que si hubiéramos esperado veinte años; pero él no veía las cosas así. No lo culpes, querida, no lo culpes. Quizás fue mejor así, como salieron las cosas."

"¿Se casó él?"

"Sí, luego de unos años; y amó a su esposa. Cuando tenía cerca de treinta años, me casé con Mr. MacArthur. Así que, como ves, ninguno de nosotros fue al final infeliz. Y luego nos convertimos en sinceros amigos. Mr. y Mrs. Everest venían a verme, casi todos los domingos. ¿Por qué, niño tonto, tu estás llorando?"

Ay, lo estaba, pero apenas, por la historia de fantasmas.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>